

## Orientación de la educación primaria y secundaria en los EE.UU.

Por VICTOR MERCANTE

(Versión taquigráfica de Walter J. Green y Alfredo E. Arbizu).

Señor Rector, señores maestros, señores:

Sea mi saludo para el magisterio, este magisterio entregado con tanta buena voluntad a su tarea, tarea a veces bien recompensada, a veces mal, pero sobre todo dentro de un mundo de posibilidades alguna vez y otras veces de imposibilidades hacia el progreso. Así son las actividades.

Ayer el ilustrado conferencista que os dirigió la palabra os decía de la conveniencia y tal vez de la necesidad de que el magisterio recibiese el espíritu de la Universidad. Y aquí ese espíritu sería muy grande, porque está pleno de pasado, que hace que las cosas adquieran otro valor del que tienen. De modo que este plan sería el que tratando del conocimiento iría a la emoción que se fija y grava. Por eso os decía hace un momento que me sentía grave; pero lo sentía, precisamente, por este pasado que respira por estas paredes.

Bien. Siendo así, entonces, estoy, en efecto, con esa creencia, con esa teoría, diremos así, que está tomando cuerpo precisamente en Alemania después de la derrota, en Francia, después de la victoria, — que es una derrota también, — está tomando cuerpo este espíritu de unión entre los tres estados de la enseñanza — primaria, secundaria y universitaria — un espíritu de cooperación, un espíritu de contacto de espíritu a espíritu. Es esta la función que se quiere; no la distancia ni la división, sino la unión. Y por poco que ese espíritu en ciertos momentos se ponga en contacto con los profesores de una facultad, ese espíritu se eleva,

ese espíritu se levanta. Y esta fué la razón que guió a aquel gran pensador argentino, cuya figura me parece que circula dentro de estas ojivas y en estos corredores, a aquella persona que fué discípulo predilecto de esta casa, el doctor Joaquín V. González. El vió, efectivamente, que era necesario que esta fusión de la didáctica, de la pedagogía del maestro primario con la del secundario y superior, y él entonces fué a crear la Universidad de La Plata, y en ella creó la Sección Pedagógica, tocándome a mí en suerte dirigirla en el año 1906. Era la primera vez que se hacía esta fusión en Sud América; era la primera vez que entraba ampliamente una pedagogía en todos sus aspectos, desde el punto de vista de la ciencia, de la práctica, de la observación, ampliamente dentro de la universidad. Esta fué la inspiración de González. Creo que yo no defraudé esas esperanzas, y cooperé durante quince años para hacer efectivo este pensamiento. En efecto, esa sección se convirtió más tarde en facultad, y a esa facultad concurren más de mil maestros y alumnos secundarios de la República Argentina. Yo he tenido la felicidad de firmar hace pocos días más de trescientos diplomas de jóvenes y niñas. Y fué un placer para mí ver cómo esos jóvenes y esas niñas fueron más tarde la representación de la Universidad en todo el país, por su pensamiento, por su trabajo, por su honradez y su aplicación en favor de un ideal bien inspirado, e inspirado, sobre todo, en una unión, en una afectividad, que que es lo que más necesitamos en Sud América: no dividirnos sino unirnos. Esto es lo que necesitamos: llenar esta gran misión. González tenía esta previsión realmente genial. Y esta previsión había nacido precisamente en esta Universidad, la más antigua de la República Argentina, de esta Universidad que a veces ha sido tachada de un poco de clásica, y tal vez de un cierto espíritu medieval, si ustedes quieren, había salido precisamente este genio que inspiró esta forma nueva que ya se está imponiendo en Alemania, en Francia y en tantos países que no tenían hasta hoy esta visión clara. Norte América tenía esta visión desde hace medio siglo. Así, os podréis asombrar cuando os digo que no hay sino setenta escuelas normales en un país de ciento veinte millones de habitantes. Nosotros, en cambio, tenemos más de ciento diez escuelas, y somos once millones de habitantes. Pero dirá uno: y entonces los maestros cómo

se forman? Es porque la universidad ha hecho el "maestro"; es la universidad la que está formando actualmente el maestro. Y no porque la escuela no pueda formar buenos maestros; es porque Norte América persigue otro fin, del cual vamos a ocuparnos en este momento, y ese fin solamente se puede llenar viviendo el maestro dentro de la universidad. Es necesario que se diluya, es necesario que viva entre esos doce mil o treinta mil alumnos de la universidad. Y la ciudad escolar sería incompleta sino vivieran todos los alumnos, desde el maestro más inferior y primario hasta el profesor de la cátedra, porque toda esta función trae contacto, trae una irradiación de espíritu, una compenetración de ideas y conceptos, y sobre todo de moral. Cuando dos personas se conocen, difícilmente son enemigos, entendiendo que se conozcan con cierta intimidad. Cuando dos personas se conocen a lo lejos, sin haberse visto las caras, esas personas generalmente son las que tienen diferencias, que a veces suele ser enemistad. Entonces, hay necesidad de contacto. Hubo una época en que había esta división del magisterio, de la escuela normal con la universidad. La universidad era una cosa, la escuela normal otra. No había esta intimidad de ahora. Sin embargo, todos éramos gentes, todos éramos argentinos; eran nuestros hermanos que estaban allí, éramos maestros. Era porque existía una distancia; no existía una compenetración. De ahí que pueda efectivamente la universidad resolver un gran problema de aproximación, tan necesario cuando se resuelve el otro problema: el problema de la educación.

Dado este antecedente, he creído que para mi disertación — no diré para mi disertación, sino para mi conversación, porque hasta hubiera querido que alguno me preguntase alguna cosa, y la posibilidad de contestarle le contestaría; de no contestarle, no le contestaría — he creído necesario hablar de una realización en la enseñanza. Y como he estado hace poco en Norte América — estuve tres meses, poco para compenetrarse de un país que tiene ciento veinte millones de habitantes y es cuatro veces más grande que la República Argentina; pero en estos tres meses hemos andado como en doce — hemos podido compenetrarnos, desde el punto de vista educacional, puesto que ése era el fin mío al ir a los Estados Unidos, de muchas cosas que son nuevas para mí.

Fueron grandes novedades. No las sospechaba. Había leído bastantes libros; sobre Norte América en mi biblioteca había muchas memorias de universidades, y no pude nunca comprender lo que comprendí después de ir a Estados Unidos. Yo tenía un concepto erróneo de Estados Unidos; erróneo hasta de su enseñanza. No la había comprendido, y, sin embargo, creía haberla compenetrado. Y pude encontrar allá, también, la solución de los problemas que persiguen los norteamericanos, que sus propias obras, sus propios tratados no los revelan. No lo dicen ellos ni en sus informes ni en sus memorias; no dicen los fines que persiguen. No sé con qué objeto; no sé por qué. Será porque los fines eran teóricos; porque puede equivocarse en las soluciones, porque pueden desviarse de las soluciones. Será eso. Sus memorias no nos relatan sino cifras, y a través de las cifras no puede adivinarse fines. Lo más podremos sospechar hechos, realizaciones de cosas grandiosas, de cosas monumentales; miles y miles de cifras que están indicando cosas colosales. Esa es la sensación que recibimos de Estados Unidos. Pero la otra obra, ésa precisamente estaba oculta dentro de los colegios y de las universidades. Y eso es lo que he ido a descubrir.

Realmente yo iba hasta con ánimo predispuesto a Norte América, porque temía ser víctima de la vanidad, temía ser víctima del orgullo de ellos, porque un país que es tan grande mira un poco bajo el ala a aquél que es pequeño, y seguramente podríamos recibir estas manifestaciones de orgullo que hasta podrían ser de incultura. Y vamos dispuestos a eso. Cuando pisamos Nueva York fué todo lo contrario: Se nos abrió completamente el espíritu norteamericano, y encontramos allí la gran afectividad sin ontentación, sin vanidad, porque pudimos haber sido objeto de este procedimiento para cumplir con el compromiso de la cortesía. Y no era eso; no era la cortesía. Era algo que salía espontáneo de adentro para afuera. Dentro de esa recepción de amistad tan grande, nos fué fácil, pues, penetrar en todas sus cosas.

Yo que había estado en Italia, y que para ir a visitar las escuelas normales me fué necesario ver al ministro para que me diese una carta para poder entrar en ellas, creí que en Norte América podría ocurrirme algo semejante, que sería difícil entrar en sus colegios. Nada de eso. Se nos abrieron completamente, de

par en par. No hay nada más abierto en Estados Unidos para el público que la escuela y la universidad. Abierto para ver, para estudiar, para vivir. Yo si hubiera querido vivir en la universidad hubiera podido vivir en ella. Y así es como se recibe a las personas que van del extranjero. Encontré, por consiguiente, una diferencia muy grande. Penéramos en sus escuelas, y quisimos ver qué es lo que había en ellas. Ví métodos, procedimientos, aulas, investigaciones, preparaciones, diapositivos, material de enseñanza y, sobre todo, sus edificios, que son algo maravillosos, que lo deja a uno absorto, más que absorto, pasmado, por ver el derroche de dinero que hay dentro de esas aulas, la suntuosidad que hay en esos salones, sin llegar al lujo, sino al bienestar. Y aquí comencé a comprender, precisamente, este principio de la pedagogía el "confort", es decir, el bienestar.

El fin especial de la educación norteamericana en el momento actual, particularmente en la primaria y secundaria, es la moral, es la ética. Su gran propósito es librar al corazón humano del odio. Se cuida el corazón humano como se cuida una pieza para que no entre la peste adentro y pueda enfermarnos. La misma higiene, la proligidad de esa higiene que puede concebirse para una pieza de una familia, ésa es la proligidad que tienen para limpiar el corazón humano. Limpiarlo de todos sus vicios; y estos vicios son la indignidad, la envidia, el odio, el malestar, el dolor del bien ajeno, en fin, todo lo que nos pasa a todos. Estamos viviendo una moralidad que produce la división, cuyo resultado es la infecundidad, la esterilidad. El individuo que esteriliza, esteriliza a otro. Estas formas de lucha moral tiene diversas maneras de manifestarse; por lo común muy ocultas. Y ellos han combatido, precisamente, este ocultismo, tan grave en todas las manifestaciones y en todas las actividades. El norteamericano ganará mucho en sus industrias; pero el norteamericano no va a buscar un medio ilícito para poder obtener ese dinero en forma que no sea con el trabajo y con la ley. La ley podrá permitir que se haga uno millonario en pocos meses. Perfectamente, pero es la ley. El norteamericano tiene una gran fe en el trabajo y en el invento, en la creación, y sabe que si tiene que luchar con un competidor europeo, no hay más que mejorar los productos y abaratarlos. Ha comprendido esto en los últimos años, porque antes

no había esta comprensión; y entonces abarató los productos y los ha puesto en disposición de competir, de saber aprovechar la manera mejor que se pueda presentar como materia de comercio. Y entonces, como ha habido un principio de creación constante en sus institutos, la universidad ha estado al servicio de este mejoramiento industrial, ha estado al servicio de la fábrica, al servicio de la usina, y es así cómo ha ido superando sus productos continuamente. Claro está que esto viene de Europa. Ellos no lo niegan. Posiblemente este espíritu ha venido de Alemania; este espíritu era ya de Alemania antes de la guerra, y posiblemente lo sigue siendo, pero con un inconveniente, por cierto, que Alemania no dispone de los millones que tiene Norte América. Y para todas estas cosas se necesita mucho dinero. Y lo tienen mucho y mucho; pero lo emplean bien. Lo saben emplear bien, y lo emplean mucho para sus semejantes, como lo veremos dentro de un momento. De suerte, entonces, que ese espíritu creador de su genio está al servicio del proletario, está al servicio de la parte práctica de las industrias; y entonces sus productos han ido mejorando, han ido superándose y han podido hasta producir por motivo de un invento cualquiera, de un momento para otro, ganancias fabulosas sobre uno de sus productos. Estas ganancias fabulosas son las que han hecho esta gran riqueza, y que un Rockefeller como tantos otros, hayan nacido de esta gran cordialidad. Ha venido el perfeccionamiento de la fabricación del acero, la manera de hacer rápido la plancha, el riel. De esta rapidez ha sido posible con el tiempo que se produzca más, que se produzca barato, y pueda venir la competencia y traer, como consecuencia, este enriquecimiento del país. Naturalmente la guerra ha favorecido a Norte América. Un país de ciento veinte millones de habitantes, como Alemania y Francia juntas, claro que podía producir mucho, y eso trajo como consecuencia una convergencia del capital sobre Nueva York. Así, las fortunas que tienen son sencillamente fabulosas.

Volvamos entonces a este punto de la ética. Hemos dicho que su propósito fundamental era limpiar el corazón. Pero ellos entienden que esta acción no puede comenzar cuando el niño ya se ha contagiado del mal; no puede comenzar a los doce, quince o veinte años. Ha de ser una operación continua, que comience

desde que el niño tiene dos o tres años. Entonces han comenzado por observar cuáles son las fuerzas que pueden oponerse a esta limpieza, y han encontrado, por ejemplo, esto, que existe todavía: las lidias; que nosotros conocemos perfectamente. Por una parte la madre, el padre; por otra las necesidades íntimas del hogar, el frío, la falta de alimentación; el servicio, que no comprende bien el espíritu del dueño de casa; el panadero, que cobra un poco más el pan que le vende; el que le vende la leña, que le saca un poco de carbón. Estas son lidias en las que el niño no interviene; pero el niño es espectador, y como elemento eminentemente sugestionable, es claro que va formando poco a poco su moral adaptándola a este medio. Entonces tenemos ya un niño que está preparado para ser displicente, un descreído más tarde; un tipo que está preparado para ser crítico, para odiar, para lidiar. Entonces está bien cómo lo han resuelto ellos allá, creando sus grandes instituciones, en donde el chico va desde que se levanta por la mañana hasta las cinco de la tarde, a su colegio primario o secundario. Allá no existe esta presencia de luchas, porque existe una capacidad para resolver las necesidades del hogar, una capacidad en que no hay que luchar con todos estos elementos; y entonces el chico presencia otra clase de espectáculo, un espectáculo de afecto, de tranquilidad, y por tanto, si en su espíritu existen estos sentimientos, se van adormeciendo cada vez más, porque precisamente tenemos una serie de instintos de herencia milenaria, activos más o menos, y estos instintos no son todos buenos; hay algunos que son bastantes malos. Estos instintos, al primer encuentro, y de repente, explotan. Es claro, eso lo sabemos muy bien. Hemos seguido un sistema de represión de esos instintos, y la represión parece que ha sido completamente ineficaz, ha sido contraproducente, porque hemos aprisionado a este algodón pólvora que hemos llevado adentro, y lo hemos encerrado y amontonado tanto hasta que por fin ha llegado el momento de la explosión. Y la explosión ha sido terrible.

Bien. Entonces hay que aproximarse, evitando, naturalmente, que se pueda exaltar, que se pueda poner de manifiesto esta vida de los instintos, que ha sido recordada por el señor Mantovani ayer, la teoría recomendada a los maestros, la gran teoría de la comprensión. Sobre esto están basadas la mayor parte de

las nuevas orientaciones en la educación: no reprimir la libertad del alumno; pero hay que comprenderla. Dentro de esta teoría los norteamericanos han creído que la libertad no siempre sería voluntaria. Entonces hay que aproximarse. Saben que todas esas actividades a que me he referido antes necesitan un excitante para que se manifiesten. Entonces hay que evitar el excitante para que no se pongan de manifiesto. Y en esto están, precisamente, las escuelas norteamericanas: investigar cómo está el estado de ese espíritu dentro de su situación interior, y ver cómo se pone de manifiesto, y con qué excitante, con qué medios, para evitarlos, pero no para reprimirlos. Vean ustedes qué admirable es este concepto. Antes se reprimía, y se consiguió reprimir momentáneamente. El resultado final era la explosión, porque se sentía desnivelado, y de este desnivel resulta un momento en que hace uso de la libertad. Entonces hace mal uso de la libertad. Esto tiene mucha importancia en las escuelas, porque no se trata sencillamente de afirmar que la actividad espontánea de los niños hay que dejarla hacer, andar; no contrariarlo, porque el niño es tímido, y cuando saben que se les deja en libertad son capaces de matar al maestro. Yo los he visto a esos muchachos, y el primer problema que se me puso fué ése. En quinto grado, precisamente, cuando los niños están en la crisis de la pubertad, son explosivos libres. Yo estaba apenado al ver cómo el maestro quería imponer disciplina, y no lo conseguía. Aquello eran gritos por todas partes, patadas por aquí, golpes por allá, y en seguida, momentáneamente, el silencio. Yo, naturalmente, antes de reprimir al maestro, porque mi tarea no es de represión, que quedé un poco contemplativo, y traté de observar. Pero, ¿de dónde podían venir todas estas cosas? Y fué precisamente en esa época en que estos muchachos pasaban por una crisis muscular; una crisis de actividad muscular. Dije que estos muchachos están deseando mover sus brazos, están llamando a la industria, y no se la damos. ¿Por qué nosotros no damos libertad a estas actividades musculares? ¿Por qué tienen que estar estos muchachos en estas condiciones? Es inútil el deber, el puntero. (Yo no se lo prohibo a los maestros). Por un lado están los alumnos desnivelados completamente: uno canta, otro es perspicaz, otro es activo, otro dulzón, otro maligno, otro picaresco. Toda la psicología y toda la psiquitría

estaba metida en este quinto grado. Y tenía que ocurrir estos conflictos, porque estaban en plena crisis de la pubertad. Sin embargo, estaban allí enseñándoles que hicieran recitación de historia, que hicieran una especie de filosofía sobre la geografía, y recitación de reglas, a esa edad en que el muchacho tiene el mayor odio contra las reglas. Desorientación didáctica! Y de ahí fué por qué me incliné a hacer estudios pedagógicos; es decir, a investigar, porque creí que antes de dar conceptos, antes de orientar, era necesario estudiar. Y pasé, naturalmente, treinta años de mi vida estudiando, y no he resuelto todavía nada. Treinta años de estudio, haciendo investigaciones dentro de principios científicos, y he llegado a descubrimientos casi realmente maravillosos. Y eso que no he hecho una pequeñísima parte de lo que se puede hacer en este inmenso terreno de la educación. Siento no poder vivir doscientos años para seguir estudiando, y puede ser que así hubiese hecho algo más. Pero, en fin, así es. Sin embargo, me cabe el placer de dejar discípulos; sé que hay una semilla que fructifica, y de esa fructificación tendrá que resultar algo muy bueno para el país.

Esta disertación sobre los Estados Unidos es un poco larga. Decía que en los Estados Unidos han comprendido temprano estas cosas difíciles, serias. En Estados Unidos se experimentan diferentes tipos didácticos; pero hay una cierta orientación de espíritu respecto al alumno, respecto al maestro y respecto al aula, es decir, los elementos fundamentales que deben intervenir como instrumentos de la educación. Yo por eso voy a hablar de lo que he podido descubrir en la escuela de Lincoln, primaria y secundaria de Columbia; quiero decir, escuela normal, pero metida en la Universidad de Columbia. La Universidad de Columbia, que tiene treinta mil alumnos, es una ciudad escolar, es una verdadera ciudad. ¿Qué pasa allí con aquellos niños? Ante todo, han cuidado que no estén incómodos ni molestos. Pero para que no exista esa molestia del niño, ¿qué se ha hecho? Lo primero, no molestarlos: que en invierno no haga frío en las aulas, la primera molestia que uno siente. Luego las otras: la incomodidad del oído, de la vista, del sentido cutáneo, y los otros sentidos, seis o siete, no sé cuantos serán. ¿Pero dónde empieza el disgusto? Si uno habla mal del otro, es porque ha visto, porque ha oído hablar mal;

si no habla. Por consiguiente, como he dicho antes, el confort que hay en las escuelas, en las aulas, es el principal motivo de esta comodidad, y este confort, por ejemplo, del punto de vista de la vista, es múltiple, porque comienza por el piso. El piso está muy cuidado, muy lustrado, como si hubiera sido construido ayer. Y no son de maderas vulgares: son de nogal, de roble; en fin, muy costoso a veces. Las puertas, que tenían quince o veinte años de construídas, parecía recién hechas. El herraje, de lo mejor. No de aquéllos que pone el cerrajero que contratamos, y que trata de poner lo peor. Es de lo más fino, de bronce labrado. Las paredes están decoradas, sin lujo, pero con estética, con belleza, la luz entra amplísima por las ventanas, las que dan sobre los patios. Los muebles de lo más fino que hay, porque el muchacho que se encuentra dentro del aula en que existe belleza e higiene, y además, existe confort, transforma allí su sentimiento, y si acaso ha venido un tanto molesto del hogar, se transforma allí adentro, se siente elevado, y el niño, por su propio contacto, respeta a aquello que le exige respeto. Porque, en efecto, uno que se encuentra delante de un mueble magnífico no tiene la intención de destruirlo; tiene que ser muy maligno para que así proceda, y entonces se trataría de casos anormales. Entonces empieza esa comodidad por el salón de trabajo; es decir, que los norteamericanos han empezado por formar el ambiente, compuesto por los materiales, útiles, etcétera. La comodidad de esas aulas no permite que los muchachos puedan atropellarse. Nunca las he visto pobladas con más de veinte alumnos, y generalmente quince. El primer grado, que es un salón casi la mitad de este en que estamos ahora, estaba ocupado por quince niños casi homogéneos. Yo he visto cómo se hace la labor, labor que a nosotros nos podría producir sorpresas, pero por poco que se medite, se sabrá que tiene su razón de ser. ¿Qué hacían esos chicos? Era una clase de lectura. La maestra tenía un escritorio más o menos como los nuestros. No había cátedra. Y posiblemente esto sea muy acertado, porque la cátedra, por lo común un poco más alta que los bancos de los chicos, hace que éstos vean en ella una especie de divinidad. Porque es un mito, y el mito siempre ocupa un lugar más alto. Por eso las estatuas están sobre un pedestal. Y este método puede contribuir a que en el alumno se forme una idea de una superioridad

dad un tanto mística, divina, o algo así, que lo saca un poco de su vida natural. No existe, pues, en Norte América el mito maestro.

¿Qué hacía este maestro que estaba encargado de esta aula tan grande? Había reunido frente a un pizarrón a sus alumnos y daba clase de lectura. Pero a esa clase iban los que querían. Sólo eran cinco; y de los cinco, cuatro eran mujeres y uno varón. Los varones eran los más rebeldes a este aprendizaje. El maestro se había sentado sobre un ángulo de la mesa, y hablaba muy quedo, muy quedo, con cinco chicos; y los chicos estaban habituados a esta conversación dulce, cariñosa, como si fuera su madre, y hablaba cariñosamente con estos chicos. Los otros diez estaban sentados en un sillón con apoyamanos. Estaban allí, y me sorprendió esta forma de dar lecciones. Me aproximé a un chico, y le pregunté: ¿qué hace usted aquí? Estoy descansando, me dijo. Francamente, no sé de dónde podía haber este cansancio. Era refractario en ese momento a la lectura; tal vez lo había sido siempre; no le gustaba; pero siempre que estaba allí, estaba arrinconado, siempre descansando. Otro, tendido en el suelo, estaba jugando con un buquecito. Había hecho una especie de mapa sobre una cartulina, y sobre este mapita, que estaba hecho con tierra, hacía navegar su buquecito en el mar. Otro había ido a hacer andar una maquinita de acero, movida eléctricamente; otros habían ido afuera, se habían ido a otra parte, y otro hacía por centésima vez un dibujo: estaba pintando un árbol con diez colores. Había pintado un árbol con sus hojas y ramas, y lo había repetido tantas veces, que el árbol ya le salía solo. Ahí tienen ustedes lo que era la clase. Aparentemente, sin dirección, sin nada. Realmente hay que pensar qué era esta clase; pero lo cierto es que aquella aula, que valía treinta mil dólares, una aula llena de muebles finos, llena de confort estaba consagrada para quince chicos.

Cada aula tiene su biblioteca. Entonces, el formar el ambiente significa acostumar desde chico al niño al medio que ha de vivir este chico, porque en la vida este chico no se sabe dónde irá. Pero, posiblemente, el libro tendrá que ser su compañero, y, por lo demás, su principal fuente de satisfacción. Entonces desde chico debe estar acompañado por el libro, y cada aula tiene su

biblioteca, en la cual hay un diccionario o dos adecuados a la edad. Un chico estaba con un diccionario. No sé qué es lo que quería saber. Probablemente una palabra que había encontrado en el texto, y entonces fué a ver en el diccionario qué significaba esa palabra. En todas las aulas, en todas las escuelas el libro es el eterno compañero del niño, porque es un compañero silencioso, que jamás protesta, y, por consiguiente, no se puede enojar. El muchacho no se puede enojar porque si no le gusta éste, tomará aquél y encontrará siempre el compañero, el amigo. Y así nos encontramos que vamos respetando la individualidad, por una parte, del niño; pero, por otra parte, se realiza también una vida social, viven en conjunto, están en contacto en ciertas actividades, y este niño va sabiendo algo en todas las actividades.

Ahora voy a decir cómo hacen el almuerzo. Los chicos, los grandes, los de todas las edades almuerzan en el colegio. No en un comedor común. Cada edad, más o menos, tiene su comedor. Estos comedores están hechos, claro está, con toda la higiene que uno puede imaginarse. Ahora bien. Se ha visto en el comedor de los internados muy antiguos que se les imponía a los muchachos la comida, y por consiguiente les llevaban tres o cuatro platos, y quiera que no, ése era su alimento. Se ha observado que en esta clase de internados el muchacho vive eternamente disgustado porque no le sirven lo que quiere que le sirvan; y esto trae como consecuencia la formación de esa actitud de que hablaba antes, y que se traduce en odio a esos internados. Precisamente esos muchachos que hacen esa vida, han salido muy a menudo con este odio hacia su rector, con este odio al individuo que dirige la comida, el "maitre", y nunca hemos visto hablar a estos muchachos con simpatía del sistema impuesto en los internados. Esto lo han salvado los norteamericanos porque tienen internados desde hace dos siglos. Entonces han modificado el "lunch": cada muchacho se sirve lo que quiere. ¿Y cómo es posible que sirva cada uno lo que quiere? Pero es así. El "lunch" es muy grande, en proporción a la cantidad de alumnos. A un lado hay un mostrador, que puede ser de unos ocho metros de largo, todo de porcelana, que da una impresión de higiene absoluta. En ese gran mostrador hay expuestos cincuenta o sesenta platos, divididos en secciones. Viene el chico a la hora de almorzar, empieza por una punta,

toma su bandeja, su servilleta, que es de papel, sus cubiertos, su copa de agua (esto es indispensable, comenzar por el agua. En cualquier restaurant lo primero que hacen es presentarle una copa de agua fría, y lo primero que uno hace es bebérsela). El muchacho elige lo que quiere comer, porque ha observado antes, y va escogiendo su plato. No toma sesenta ni diez, escoge dos o tres. Llega hasta el otro extremo: en el otro extremo está la cajera. La cajera cobra. El chico puede pagar con moneda o con un cheque, porque hay un banco escolar en la universidad, donde el muchacho tiene depositados sus ahorros; y por consiguiente, paga con un cheque, y sale con su bandeja. El muchacho ha escogido la comida a su voluntad, se sienta muy contento, sin protestar, a su mesa, y en quince minutos acaba su almuerzo a lo más. Después del almuerzo se va a jugar a los campos de deportes, hará ejercicio al aire libre, sobre el hielo, dentro de la pileta de natación; lo que le guste, porque todo eso existe en esta gran ciudad escolar. Y el chico ha hecho su voluntad.

A mí me ha asombrado una cosa en todo esto. En Wáshington yo observé un almuerzo de tres mil alumnos en un solo salón, sin nadie, sin profesores. Los profesores que fueron allí fueron con nosotros para acompañarnos. No había ningún grito. La mitad eran niñas, la otra mitad varones. Había allí alumnos de trece, catorce, quince, diecisiete años, y, sin embargo, no se oían gritos ni gestos que pudieran criticarse. Nada de eso. Había una cierta tranquilidad que resultaba realmente maravillosa. Sin duda, que era el resultado de un ejercicio tal vez un poco largo. No creo yo que puede haberse hecho eso de un momento para otro. Pero es algo asombroso. Nosotros si juntamos tres mil alumnos, la mitad mujeres y la otra mitad varones, en un salón, para que almuercen juntos no quedan ni las mesas. El muchacho, repito, hace su voluntad. No se le impone el plato: come lo que quiere comer. Diez platos le cuestan dos dólares; ya lo sabe. Si come cinco, y mide su alimentación, le costará un dólar. Así aprecia el valor de su dinero, que es también una acción social: va formándose el criterio de las cosas.

El norteamericano ha querido también no solamente evitar la contrariedad, que es el origen del odio, sino que el norteamericano quiere el bienestar, y no solamente físico, sino de los sen-

tidos, y mental, por consiguiente. Donde hay una escuela, allí hay una manifestación de arte. Está la escultura, la pintura, están las decoraciones; de manera que uno al entrar se ha encontrado con la obra de arte por delante. Nunca en abundancia, pero nunca lo malo. Todo ha de ser perfecto. Lo que hay allí ha de ser perfecto, claro que en la medida de lo posible. Y para no equivocarse, el norteamericano ha recurrido siempre a lo clásico. Ninguna nación del mundo ha visto reproducida la vida clásica, el arte clásico como en los Estados Unidos. Miles de obras de Grecia y de Roma están representadas. Yo he visto dentro de un museo reproducido todo el Partenón en mármol, tal como era todo el frontispicio del Partenón. ¡Cuánto habrá costado esto! Vean ustedes, entonces, el culto extraordinario que tienen del pasado; cómo utilizan la experiencia del pasado para que se sepa que en la belleza está toda la moral. En las cosas hay moral, hay bondad cuando hay belleza. Y entonces existe este culto a todas las escuelas, porque influye sobre el espíritu del niño esa belleza, haciéndolo admirador, y por consiguiente, haciéndolo bueno. Esto tal vez me explique esa tranquilidad admirable que hay en su vida, que parecería mentira si no la viéramos. De pronto diríamos que todos son sonsos. (Risas). Entramos a un aula, hay quince o veinte alumnos, y ninguno alza su mirada: siguen su trabajo de tal manera que parecería que hacen algo trascendental. Allí estaban trabajando: estaban habituados a este trabajo de conjunto que representa la vida colectiva de aquellas escuelas. Allí se ha suprimido el puntero, no porque no haga falta para señalar o por miedo de que pueda caer sobre el lomo de alguno de los alumnos. Pero tanto bienestar, ha resuelto el problema de la tranquilidad del alumno. Los chicos tienen dentro del corredor, al lado del aula, el surtidor de agua, que automáticamente deja salir una pequeña cantidad de ella. Beben de ese surtidor, y automáticamente se cierra, sin desparramo de líquido en ninguna parte. Puede decirse que dentro de la misma aula tiene el chico su bebedero. Ustedes saben que entre nosotros muchas veces los chicos piden permiso para salir a beber, y esto, indudablemente, también es una incomodidad. Y todo lo demás está hecho con este espíritu, con este concepto y con esta práctica.

Esto es en la vida escolar; más lo es en el orden particular,

en el orden público, diremos, en el orden urbano, porque la escuela no es sino una reproducción de la sociedad, del pueblo, y por tanto hay una vida exactamente análoga a la que luego ha de vivir.

Luego viene otra cosa bien importante: es el método de enseñanza. El método de enseñanza no es nunca una represión. Porque, desgraciadamente, cuando se exige un texto, una lección, como se acostumbra ahora, cuando le exigimos un deber al chico y luego se lo clasificamos, siempre son represiones, dentro de la práctica norteamericana. Porque el norteamericano ha hecho su teoría, pero en seguida la ha practicado. El norteamericano dice: lo importante son los hechos, más que las palabras. Y por eso son enemigos declarados del discurso. Entonces, van al hecho. Ellos han visto que la clasificación es una gran represión. Un cero lo mata a uno, cuando no mata al profesor. Cuando le decimos al alumno "está mal", éste sufre enormemente, porque ha tratado de hacer bien una cosa. Eso a cada momento lo vemos. El maestro tiene a veces poca perspicacia, y por cualquier razón, le dice al alumno: siéntese usted; no hable usted; su respuesta ha sido malísima, cuando el alumno ha tomado mal la pregunta del maestro. En fin, tenemos continuamente una vida de represión sobre el chico. Bien entonces, como decía, ellos han suprimido la clasificación; han suprimido el cero, mejor dicho, no la clasificación. Y éste es un punto interesante; este famoso cero, que es trágico en todas las aulas. Entonces, se dirá, si no hay ceros, ¿no hay reprobados? ¿Y para pasar? ¿Todos pasan? Sin duda, todos pasan. Se supone que el alumno, que todo individuo, por el hecho de ser hombre, a menos que sea muy anormal, toda la labor que haga debe apreciarse, y no se puede negarle con un cero, no se puede negar ese algo que ha hecho: hay que apreciarlo. Entonces, para apreciar ese trabajo hay que buscar su clasificación, y se clasifica de uno a ciento cincuenta. Y donde hay ciento cincuenta puntos, hay un amplio margen de clasificación. Naturalmente, el hecho de trabajar supone que existe un concepto de mejorar un poco lo que ha hecho, aun cuando muchos demuestren algo de incapacidad. La represión y el temor es tan grande en ellos, que dicen: yo hago mal esto, y no lo voy a hacer, no quiero ser víctima de reprimendas. Yo quiero hacerlo lo mejor posible; pero no pue-

do: no hago nada. Bueno entonces, allí se aprecia, se ve el trabajo. De manera que para promoverlo se necesitan ciento cincuenta puntos, pero para adelantar, puede adelantar en el tiempo que quiere en una asignatura, porque hay la tendencia, además, del tipo de la asignatura, no de los programas paralelos, porque se ha descubierto, como hablaré en la conferencia de mañana, que donde hay un genio musical, y no existe el genio matemático, por ejemplo, cabe preguntarse: ¿dónde está el genio? Porque es negado para las matemáticas, ¿no tiene genio? Y aquí se clasifica: existe una clasificación, que es la división de grados, en grados paralelos — paralelos más o menos en la inteligencia.

No habrá atrasados, a menos que se trate de degenerados o imbéciles. Y también éstos tienen escuela. Y así, he visto en una escuela los cretinos, los imbéciles, que también están progresando. Unos saben más que otros; entonces están progresando, existe también el progreso. Como decía, pues, han suprimido los norteamericanos este elemento tan perturbador, creador de odios, y por consiguiente, de inmoralidad: el cero. Nosotros tenemos que hacer historia para saber cuántas cosas han concluido por causa del cero, cuántos odios ha sembrado; y esos alumnos a quienes se les ha puesto un cero, han mantenido su odio durante muchísimos años al profesor que se lo puso. Yo recuerdo que me encontré con un alumno: Usted me puso un cero, me dijo. Yo no me acordaba si fué un mal alumno, ni cómo se llamaba y por qué le puse un cero. Y ese alumno durante treinta años ha mantenido el odio fijo en mi persona, tal vez un pequeño odio, un odio atenuado, adormecido, pero que en el fondo no era amor. Esto lo han advertido los norteamericanos en esta tarea de formar el espíritu de amor, el espíritu de aproximación, de contribución, que termina, es claro, en una cooperación, porque esta vanidad se corrige fácilmente en la tarea en que se realizan las cosas en conjunto. Y así, en Norte América, en las grandes obras que nos muestran, que son maravillosas, inútilmente se va a buscar el individuo que la ha hecho. No se lo va a encontrar. Y un teatro, por ejemplo, de Nueva York, que ha costado veintiocho millones de dólares, que es una maravilla de teatro, ha sido dirigido en su construcción por quince comisiones. Por ejemplo, la comisión de historia estaba compuesta por los seis arqueólogos más

grande de Norte América, únicamente para estudiar el valor arqueológico, para que no hubiese mentiras históricas dentro de ese teatro. Y la comisión de acústica estaba compuesta por seis grandes físicos, que intervino en ese teatro inmenso, donde había que recibir seis mil espectadores, y donde era necesario que todos oyeran bien, para que todos estuvieran en igualdad de condiciones. Era necesario que todos oyeran de la misma manera, y los físicos resolvieron ese problema. Desaparecido el individuo, aparece la corporación, el trust en el buen sentido de la palabra, es claro; allí se trustifican todas las actividades.

Con esto no he dado sino muy pálida idea de lo que realiza el fin ético que pretende realizar la escuela norteamericana desde los primeros grados hasta la universidad, porque todos conviven dentro del mismo edificio, dentro de la misma ciudad universitaria. Digo mal edificio, porque no son edificios aquellos, son ciudades universitarias; viven todos, y todos están en comunidad, y todos mantienen espontáneamente su distancia por la edad que representan. Pero todos hablan con cariño al chico, como en las fiestas que se hacen en Chicago, las fiestas Valentinas, que se hacen una vez al año. Una fiesta de protección, diremos así, de manifestaciones de afecto y de amor. Así, entonces, el muchacho grande que ha estado en el colegio se ha erigido en protector de otro menor. Y en estas grandes fiestas, el grande le regala al chico un corazón rojo. Hay corazones chicos, grandes y de un metro cuadrado. Generalmente se llena de bombones y dulces, y es tan pública, tan popular esta fiesta, que los tímidos aprovechan ese día para declarar su amor a las novias. Y la novia mide la afectividad del novio según el tamaño del corazón. La cuestión es saber tomar la medida del corazón. La mujer, que es tan perspicaz para deseubrir, tantea, y dice, me conviene o no me conviene.

Ahora vamos a hacer una comprobación práctica de esta vida por medio de las proyecciones, y entonces se habrá confirmado esto que acabo de decir.